

## La Promesa de Fourvière para nosotros hoy

*John Hannan sm<sup>1</sup>*

La Promesa de Fourvière es la continuación de una historia que comenzó cuatro años antes en 1812 en la Catedral de Nuestra Señora del Puy pero marca también el inicio de los pasos que permitirán la puesta en marcha de las cinco ramas de la Familia Marista.

En los próximos años el Proyecto marista fue tomando forma:

- los Hermanos Maristas, bajo la dirección de Marcelino Champagnat, abrió la primera casa el 2 de enero de 1817 en La Valla;

- en 1823, Jeanne-Marie Chavoïn, Marie Jotillon y algunas otras mujeres comenzaron lo que sería la congregación de las Hermanas Maristas;

- Juan Claudio Colin, su hermano Pedro y Esteban Déclas formaron la primera comunidad de Padres Maristas en 1824 en Cerdon;

- después les siguieron los laicos, hombres y mujeres, que se reunían con mayor o menor regularidad inaugurando las fraternidades maristas;

- que, en su momento, dieron origen al nacimiento de las Hermanas Misioneras de la Sociedad de María, fundadas en Futuna en 1858 por Francisca Perroton y sus compañeras.

La Promesa de Fourvière que lanzó el proyecto marista es un compromiso lleno de esperanza y de entusiasmo que reúne las aspiraciones de jóvenes sacerdotes y seminaristas que deciden lanzarse a un futuro desconocido pero que presienten luminoso y sin límites. Su fe, las dificultades del tiempo en que vivían, sus historias personales, los habían formado para hacer frente a las dificultades que tendrían que enfrentar en las décadas por venir. Su fortaleza fue saberse escogidos por María para trabajar en una misión particular que Ella les confiaba.

Doscientos años más tarde estamos aquí reunidos y podemos constatar que el compromiso de nuestros fundadores de trabajar confiadamente y con total dedicación no se detuvo en ellos. Los miles de maristas que han trabajado en la Obra de María en cada una de las cinco ramas lo han hecho en el mismo clima de confianza y determinación. Que nuestra celebración hoy, en esta mañana sea también una acción de gracias por la fidelidad de cada uno y de cada una.

Y como nada es perfecto, debemos de reconocer que, en el curso de estos dos siglos, no todo ha sido positivo: Debemos ser muy ingenuos para creer que ha sido todo bueno. Que esta Eucaristía sea también una ocasión de pedir perdón al Señor y a aquellos hombres y mujeres que han sido lastimados por nuestras acciones u omisiones.

Esta celebración de la Promesa de Fourvière nos reúne a todos, juntos y con María y queremos dar gracias a Dios y le pedimos la gracia de profundizar en nuestro compromiso cristiano y marista poniendo toda nuestra confianza en el que nos fortalece Jesús, el Cristo, Nuestro Señor.

Gracias a nuestra fe, como se escuchamos en la primera lectura tomada de la Carta a los Hebreos, gracias a nuestra fe estamos todos unidos en esta asamblea, y su presencia aquí nos muestra su solidaridad en nuestra misión. Por todo esto, les agradecemos, y también damos gracias a Nuestro Señor.

Pero en este día debemos también preguntarnos ¿Cómo este aniversario puede ser ocasión de un nuevo impulso para nuestra misión?

Gracias a la fe estamos constantemente invitados a profundizar en nuestra relación con Cristo, a través de la meditación del Evangelio, a través de una vida de fe, encendida por una esperanza efectiva, que nos da el valor que necesitamos para hacer grandes cosas por Cristo.

Los firmantes de la Promesa de Fourvière han jugado un papel esencial en la fundación de nuestras congregaciones y

Fourvière en ese sentido nos muestran un valiente camino ¿Sentimos nosotros un valor idéntico para continuar su obra?

Su ideal y su manera de hacer las cosas me hace pensar en unas palabras del presidente Kennedy en 1963 pocos meses antes de su muerte. Él decía, y cito: Los problemas del mundo no pueden ser solucionados por los escépticos y cínicos para quienes los horizontes se limitan a

---

<sup>1</sup> Bicentenario homilia, 23 Julio 2016 Basilica de N. D. de Fourvière, Lyon; Hebreos 11:8-15,39-40; Salmo 26; Juan 2:1-11.

realidades evidentes. Al contrario, necesitamos de hombres y mujeres que sueñen cosas que nunca antes existieron y que se preguntan a sí mismos: ¿Por qué no? También nosotros necesitamos de religiosos y de religiosas, de laicos, hombres y mujeres que saben soñar en cosas que nunca antes existieron y que se hacen la pregunta: ¿Por qué no?

Cuando vemos lo que lograron los cuatro firmantes de la Promesa de Fourvière que continuaron con el proyecto – Marcelino Champagnat, Juan Claudio Colin, Esteban Déclas y Esteban Terraillon – podemos ver que ellos debieron haber preguntado a sí mismos: ¿por qué no? Pero su pregunta fue cimentada en la certeza de que, con el Señor, es posible “mover montañas”, como él mismo nos lo ha dicho.

En nuestro mundo hoy, necesitamos hombres y mujeres con nuevas convicciones, y que sean capaces de traducir esas convicciones en acciones. Nuestros fundadores fueron capaces de decir ¿por qué no nosotros? Estamos llamados a soñar, – “Dare to dream” (Atrévete a sonar) – fue el tema propuesto a los jóvenes reunidos esta semana, no lejos de aquí, en La Solitude, que están a punto de partir a la Jornada Mundial de la Juventud. Dios quiera que regresen a sus casas capaces de transformar sus sueños en realidad.

Así como hemos visto a María actuar en el Evangelio que acabamos de escuchar, podemos entender por qué los maristas la toman de modelo para llegar a Jesús. El gesto de Jesús en Caná no tiene precedente: cambiar agua ordinaria en vino de extraordinaria calidad, es el milagro que revela las capacidades escondidas de Cristo, atenta a las necesidades de las personas de esa aldea, como lo está a las necesidades del mundo entero.

Este milagro en Caná nos lleva por un momento a un mundo diferente, donde la alegría, la convivialidad y la plenitud están aseguradas.

La extraordinaria simplicidad de lo que Jesús hace nos muestra su atención a todo lo que le rodea. Es su primer signo público, y nos muestra el espíritu de Misericordia que revelarán todas sus acciones en su vida, como lo vemos en otros signos y milagros en los evangelios. Cada uno de esos milagros lleva marcado el sentido preciso de la pedagogía de Jesús.

El milagro de Caná claramente va mucho más allá de lo que vemos a primera vista. Por este gesto, Jesús revela su Gloria, no solo a los invitados a esa boda, sino a todos lo que, a través de los siglos, abrirán los ojos y sus oídos a su mensaje.

La importancia del hecho va incluso más allá del hecho mismo. El relato nos abre a toda la obra y la misión de Jesús: que ha venido para que “tengamos vida, y la tengamos en abundancia”.

Concluyo con una cita de uno de nuestros hermanos aquí presente en esta mañana. Él decía “nosotros no sabemos lo que nos espera en los próximos años. Tampoco ellos (los firmantes de la Promesa). Lo que si sabemos, lo que creemos, es que debemos, como ellos, dejarnos configurar por María. Que necesitamos salir a la búsqueda de otros, amándolos, amando la Vida. Nuestro compromiso común, en cuerpo y alma, será nuestra mayor manera de honrar la Promesa de Fourvière. Porque eso no es una llegada o cumplimiento, ¡sino un envío!”

Llevémonos las últimas palabras de María que nos dicen lo que ella dijo a los que servían en aquella boda en Caná “Hagan lo que él les diga”.